

O el Málaga que bebí
En mi cabeza aun humea.

« Sombras, fantasmas, visiones...
Dale con tocar á muerto,
Y en revueltas confusiones,
Danzando estos torreones
Al compas de tal concierto.

« Y el juicio voy á perder
Entre tantas maravillas,
Que estas torres llegué á ver,
Como mulas de alquiler,
Andando con campanillas.

« ¿ Y esta mujer quién será ?
Mas si es el diablo en persona,
¿ A mí qué diantre me da ?
Y mas que el traje en que va
En esta ocasion, le abona.

« Noble señora, imagino
Que sois nueva en el lugar :
Andar así es desatino :
O habeis perdido el camino,
O esto es andar por andar.

« Ha dado en no responder,
Que es la mas rara locura
Que puede hallarse en mujer,
Y en que yo la he de querer
Por su paso de andadura. »

En tanto don Felix á tientas seguia,
Delante camina la blanca vision,
Triplica su espanto la noche sombría.
Sus hórridos gritos redobla Aquilon.

Rechinan girando las férreas veletas,
Crujir de cadenas se escucha sonar,
Las altas campanas, por el viento inquietas
Pausados sonidos en las torres dan.

Rüido de pasos de gente que viene
A compas marchando con sordo rumor,
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,
Y rezar parece en confuso son,

Llegó de don Felix luego á los oidos,
Y luego cien luces á lo lejos vió,
Y luego en hileras largas divididos,
Vió que murmurando con lúgubre voz,

Enlutados bultos andando venian ;
Y luego mas cerca con asombro ve,
Que un féretro en medio y en hombros traian
Y dos cuerpos muertos tendidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,
Infernal arcano parece encubrir.
Cuando en hondo sueño yace muerto el mund
Cuando todo anuncia que habrá de morir,

Al hombre, que loco la recia tormenta
Corrió de la vida, del viento á merced,
Cuando una voz triste las horas le cuenta,
Y en lodo sus pompas convertidas ve,

Forzoso es que tenga de diamante el alma
Quien no sienta el pecho de horror palpitar,
Quien como don Felix, con serena calma
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,
El lúgubre entierro ya cerca llegó,
Y la blanca dama devota rezando,
Entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pié, indiferente
El féretro mira don Felix pasar,
Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡ cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,
Cuando horrorizado con espanto ve
Que el uno don Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡ Dios santo ! y el otro era él!...

El mismo, su imagen, su misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en fin:
Y duda, y se palpa y fría pavora
Un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió;
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
Pronto su fiereza volvió al corazón.

« Lo que es, dijo, por Pastrana,
Bien pensado está el entierro;
Mas es diligencia vana
Enterrarme á mí, y mañana
Me he de quejar de este yerro.

« Diga, señor enlutado,
¿ A quién llevan á enterrar?
— Al estudiante endiablado
Don Felix de Montemar, » —
Respondió el encapuchado.

« Mientes, truhan. — No por cierto. —
Pues decidme á mí quien soy,
Si gustais, porque no acierto
Como á un mismo tiempo estoy
Aquí vivo y allí muerto.

— « Yo no os conozco. — Pardiez,
Que si me llevo á enojar,
Tus burlas te haga llorar
De tal modo, que otra vez
Conozcas ya á Montemar.

« ¡ Villano !..... mas esto es
Ilusion de los sentidos,
El mundo que anda al revés,
Los diablos entretenidos
En hacerme dar traspies.

« ¡ El fanfarron de don Diego!
De sus mentiras reniego,

Que cuando muerto cayó,
Al infierno se fué luego
Contando que me mató. »

Diciendo así, soltó una carcajada,
Y las espaldas con desden volvió:
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y á la devota dama se acercó.

« Con que, en fin, ¿ dónde vivís?
Que se hace tarde, señora.
— Tarde, aun no; de aquí á una hora
Lo será. — Verdad decís,
Será mas tarde que ahora.

« Esa voz con que haceis miedo
De vos me enamora mas:
Yo me he echado el alma atrás;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanás.

— « Cada paso que avanzais
Lo adelantais á la muerte,
Don Felix. ¿ Y no temblais,
Y el corazón no os advierte
Que á la muerte caminais? »

Con eco melancólico y sombrío
Dijo así la mujer, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo impío,
Rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,
Bajo sus piés la tierra retembló,
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crujir sobre él sintió:

Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,
Siempre sobre él saltándose anhelantes:
Ojos de horror que sin cesar le miran.

Y los vió y no tembló : mano á la espada
 Puso y la sombra intrépido embistió,
 Y ni sombra encontró ni encontró nada;
 Solo fijos en él los ojos vió.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,
 Y rechinó los dientes y maldijo,
 Y en él creciendo el infernal anhelo,
 Con voz de enojo blasfemando dijo:

« Seguid, señora, y adelante vamos:
 Tanto mejor si sois el diablo mismo,
 Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
 Y acábase por fin tanto embolismo.

« Que de tanto sermon, de farsa tanta,
 Juro, pardiez, que fatigado estoy:
 Nada mi firme voluntad quebranta,
 Sabed en fin que donde vayais voy.

« Un término no mas tiene la vida:
 Término fijo; un paradero el alma:
 Ahora adelante. » Dijo, y en seguida
 Camina en pos con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,
 Y era una puerta altísima, y se abrieron
 Sus hojas en el punto en que llamó,
 Que á un misterioso impulso obedecieron:
 Y tras la dama el estudiante entró:
 Ni pajes ni doncellas acudieron:
 Y cruzan á la luz de unas bujías
 Fantásticas, desiertas galerías.

Y la vision como engañoso encanto,
 Por las losas deslízase sin ruido,
 Toda encubierta bajo el blanco manto
 Que barre el suelo en pliegues desprendido.
 Y por el largo corredor en tanto
 Sigue adelante, y síguela atrevido,
 Y su temeridad raya en locura,
 Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
 Lánguida luz y cárdena esparcian,
 Y en torno en movimientos desiguales
 Las sombras se alejaban ó venian:
 Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
 Urnas allí y estatuas se veian,
 Rotas columnas, patios mal seguros,
 Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,
 Edificio sin base ni cimiento
 Ondula cual fantástico navío
 Que anclado mueve borrascoso viento.
 En un silencio aterrador y frío
 Yace allí todo: ni rumor, ni aliento
 Humano nunca se escuchó: callado,
 Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas
 Siguen en el reloj de aquella vida,
 Sombras de horror girando aterradoras,
 Que allá aparecen en medrosa huida;
 Ellas solas y tristes moradoras
 De aquella negra, funeral guarida,
 Cual soñada fantástica quimera,
 Vienen á ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos
 Del fondo de la larga galería,
 Que brillan lejos cual carbones rojos,
 Y espantaran la misma valentía:
 Y muestran en su rostro sus enojos
 Al ver hollada su mansion sombría,
 Y ora en grupos delante se aparecen,
 Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,
 Alta la frente, Montemar camina,
 Espíritu sublime en su locura,
 Provocando la cólera divina:

Fábrica frágil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina,
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamás vencida :
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta
Su límite á la cárcel de la vida,
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,
Cruza aquella quimérica morada,
Con atrevida indiferencia andando,
Mofa en los labios, y la vista osada :
Y el rumor que sus pasos van formando,
Y el golpe que al andar le da la espada,
Tristes ecos, siguiéndole detrás,
Repiten con monótono compás.

Y aquel extraño y único rüido
Que de aquella mansion los ecos llena,
En el suelo y los techos repetido,
En su profunda soledad resuena :
Y espira allá cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la ánima en pena,
Que al fin del corredor largo y oscuro
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,
Mundo de sombras, vida que es un sueño,
Vida, que con la muerte confundida,
Ciñe sus sienes con letal beleño;
Mundo, vaga ilusion descolorida
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,
Son aquel ruido y su locura insana,
La sola imágen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guia
De la alma dicha la ilusion parece,
Que ora acaricia la esperanza impía,
Ora al tocarla ya se desvanece :
Blanca, flotante nube, que en la umbria
Noche, en alas del céfiro se mece,
Su airosa ropa, desplegada al viento,
Semeja en su callado movimiento :

Humo süave de quemado aroma
Que el aire en ondas á perderse asciende,
Rayo de luna que en la parda loma,
Cual un broche su cima al éter prende ;
Silfa que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
De negras sombras y de luz teñidas,
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
Que apenas toca con los piés al suelo,
Cruza aquella morada tenebrosa
La mágica vision del blanco velo :
Imágen fiel de la ilusion dichosa
Que acaso el hombre encontrará en el cielo
Pensamiento sin fórmula y sin nombre,
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,
Montemar sigue su callada guia,
Y una de mármol negro va bajando
De caracol torcida gradería,
Larga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veía
Suspendida en el aire y con violento,
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino
Infinito prolóngase y se extiende,
Y el juicio pone en loco desatino
A Montemar que en tumbos mil descende,

Y envuelto en el violento torbellino
Al aire se imagina, y se desprende,
Y sin que el raudo movimiento ceda,
Mil vueltas dando, á los abismos rueda:

Y de escalon en escalon cayendo,
Blasfema y jura con lenguaje inmundo,
Y su furioso vértigo creciendo,
Y despeñado rápido al profundo,
Los silbos ya del huracan oyendo,
Ya ante él pasando en confusion el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,
Y aplausos y brutales carcajadas;

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos,
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,
Hombres, mujeres, todos confundidos,
Con sandía pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perpetuo remolino giran:

Siente por fin que de repente para,
Y un punto sin sentido se quedó;
Mas luego valeroso se repara,
Abrió los ojos y de pié se alzó:
Y fué el primer objeto en que pensara
La blanca dama, y alrededor miró,
Y al pié de un triste monumento hallóla
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
Que en medio de la estancia se elevaba,
Y á un tiempo á Montemar ¡ raro portentoso!
Una tumba y un lecho semejava:
Ya imaginó su loco pensamiento
Que abierta aquella tumba le aguardaba;
Ya imaginó tambien que el lecho era
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,
Y á terminar resuelto su aventura,
Al cielo y al infierno desafia
Con firme pecho y decision segura:
A la blanca vision su planta guia,
Y á descubrirse el rostro la conjura,
Y á sus piés Montemar tomando asiento,
Así la habló con animoso acento.

« Diablo, mujer ó vision,
Que á juzgar por el camino
Que conduce á esta mansion,
Eres puro desatino
O diabólica invencion:

« Si quier de parte de Dios,
Si quier de parte del diablo,
¿Quién nos trajo aquí á los dos?
Decidme en fin ¿quién sois vos?
Y sepa yo con quién hablo:

« Que mas que nunca palpita
Resuelto mi corazon,
Cuando en tanta confusion,
Y en tanto arcano que irrita,
Me descubre mi razon

« Que un poder aquí supremo,
Invisible se ha mezclado,
Poder que siento y no temo,
A llevar determinado
Esta aventura al extremo.»

Fúnebre
Llanto
De amor,
Oyese
En tanto
En son

Flébil, blando,
Cual quejido